

EL MEMORIAL MILITAR Y PATRIÓTICO DEL EJÉRCITO DE LA IZQUIERDA

Andrés CASSINELLO PÉREZ
Teniente General del Ejército

EL *Memorial Militar y Patriótico del Ejército de la Izquierda* se comenzó a editar en Badajoz el 6 de abril de 1810 y continuó publicándose hasta el 6 de enero de 1811 o, al menos, esos son los ejemplares conservados en la Hemeroteca Municipal de Madrid. Su frecuencia era semanal.

El redactor era un militar culto y anónimo, que hace desfilar por sus páginas a los tratadistas militares en boga en aquella época: Montecucoli, Fouquier, el marqués de Santa Cruz, Folard, Guibert, Carnot, Bulow... Con ellos, la estrategia posicional de las líneas y los ángulos, tan cara a los estrategas de aquel tiempo, apoyando sus razonamientos teóricos con ejemplos de las campañas de la antigua Roma, de las de Federico de Prusia y las, para entonces recientes, de Napoleón en Italia y Europa Central.

Crítica con dureza la dirección de la guerra de los españoles contra los franceses, pero esa crítica no abandona jamás el carácter técnico de la misma y elude cualquier alusión personal, aunque estuviera justificada (posiblemente la única excepción sea la alusión a Palafox y a su pésima decisión de encerrarse en Zaragoza con todas sus tropas, durante el segundo sitio, en lugar de dejar fuera de la ciudad una parte de sus fuerzas como amenaza permanente contra la retaguardia de sus sitiadores).

Supongo que el marqués de la Romana, que mandaba esc Ejército en aquellas fechas, no debía permanecer ajeno a su redacción, pues a él cuadra perfectamente el carácter de militar culto que trasciende de sus páginas. Es más, cuando la Regencia intentó suprimir su publicación, fue éste quien defendió su necesidad y quien consiguió que su marcha continuase adelan-

te aunque fuese tan corta. Un intento anterior, *El Semanario Patriótico*, había sido prohibido por la Junta Central.

El análisis de la situación militar

Posiblemente, contemplando sólo los criterios militares, los españoles debieron rendirse ante Napoleón después de la batalla de Tudela y el subsiguiente encierro de Palafox en Zaragoza. España había quedado sin ejércitos con los que oponerse a los invasores. Pero continuó la lucha y, hasta después de la victoria compartida de Talavera, se pudo preparar un lucido Ejército, que sufrió la espantosa derrota de Ocaña. Otra vez los criterios militares nos deberían haber llevado a la rendición total: Austria, después de Wagram, dejaba las manos libres al emperador de los franceses y España se reducía a Galicia; a una tenue línea aplastada junto a Portugal, donde se refugiaban nuestros aliados ingleses; a Cádiz; al Levante, que no tardaría en caer bajo las armas de Suchet; las islas y esas Indias cada vez más problemáticas.

Pero los analistas del *Memorial* no lo ven así: recogen las batallas perdidas, los desastres continuos para nuestras armas que jalonan aquella guerra, pero piensan que aún quedaban recursos formidables para continuar la guerra, y que la instauración de la Regencia contribuiría a enderezar tanto entuerto y a encontrar los caminos que llevaran a la victoria. Ni se sienten derrotados ni sin esperanza. Es una esperanza basada en *lo que se va organizando*, aunque después resulte esto ni tan organizado ni tan efectivo, y muchísimas veces malogrado por su empleo prematuro:

Es verdad que no todos los que llevan armas son verdaderos soldados, ni puede negarse que los que las toman acalorados sin conocer los principios del arte de la guerra y sin observar la más rigurosa disciplina parece que sólo pueden ser útiles momentáneamente; pero prescindiendo de las ventajas que se consiguen haciendo la guerra a los enemigos por medio de las «Partidas», y sin hacer caso de que así se forman muchos miles de soldados, que se pueden «regimentar después», tal vez con mayor facilidad; los ejércitos reglados que tenemos y el aspecto militar que hoy ofrece España, no sólo debe hacernos menos sensibles las pérdidas anteriores, sino también darnos esperanzas más que fundadas del feliz éxito de nuestra empresa¹.

¹ *Memorial Militar y Patriótico del Ejército de la Izquierda*, p. 2.

Para sus redactores aún había ejércitos -aunque ahora los sepamos tan mal armados- escasamente instruidos, carentes de disciplina, pobremente uniformados y casi hambrientos. Había plazas fuertes, como las de Levante o las que van de Astorga a Olivenza, que también irían cayendo en manos francesas como las cuentas de un rosario. Están las Partidas, las de las sierras en llamas de Ronda, Niebla, Alpujarras y la Alcarria o las que constantemente atacan los ejes logísticos franceses desde la cordillera Cantábrica, las estribaciones pirenaicas o los macizos de las altas tierras burgalesas y sorianas. Hasta subsiste el milagro del Primer Ejército que, con fortuna predominantemente adversa, continuaría combatiendo en Cataluña durante los siete años de guerra, pese a perder todas las plazas fuertes y las ciudades más importantes de su territorio.

Pero las cosas se ven como se ven en cada momento, y esa visión motiva entonces la conducta, no la visión de cómo las vemos ahora o cómo las debieron ver entonces. Los redactores del *Memorial* querían seguir haciendo la guerra y, aunque los españoles teóricamente la hicieron tan mal, los franceses tuvieron elevadas pérdidas.

Lo último en el recuento de los medios propios es la valoración de la alianza inglesa que se contempla desde la raya extremeña. Su cuantía, estimada en unos setenta mil hombres, sus recursos y la amenaza potencial que representan para el enemigo común. Se puede seguir la guerra.

La didáctica estratégica

Desde el principio el tema central del *Memorial* será la teoría de la dirección de la guerra, porque *la teoría era el pie derecho y la práctica el izquierdo*, luchando contra los que presumían que bastaban los largos años de servicio (en algunos mandos bastante cortos, dado el sistema de favor establecido para los ascensos) para aprender los secretos de una ciencia compleja que precisa estudio y meditación parejas.

Es imposible formar un plan coordinado y sabio sin tener una exacta teórica de la guerra. Ella es la más segura y la única guía que puede conducirnos al punto desde el cual se ve de una ojeada el país teatro de la guerra. Se conocen los caminos que la atraviesan, se trazan las posiciones que pueden ser convenientes con relación al objeto propuesto, y las que pueden llevarnos de un modo más rápido y menos expuesto a este mismo objeto. Sin el auxilio de la teórica no se puede adivinar el futuro, ni prever el desen-



El Marqués de la Romana

cadena de circunstancias que puedan ocurrir en el discurso de una campaña o una guerra?

Toda esa teoría de la dirección de la guerra, y la aplicación de la misma a la guerra contra los franceses, se resumirá, una y otra vez, en una lapidaria frase: *el furor de dar batallas debe desterrarse entre nosotros*. Y sigue²:

La mayor parte de la nación pregunta ¿por qué los franceses han derrotado y destruido los numerosos ejércitos que hemos levantado para nuestra defensa, por qué han obtenido tantas y tantas victorias y penetrado casi impunemente hasta las costas de Andalucía?

Unos atribuyen a traición estas desgracias, otros a cobardía y nadie o muy pocos a ignorancia y a imprudencia, únicas causas de nuestros desastres, y que nos arruinarían totalmente si no tratásemos en adelante de corregirlos.

Puede decirse que no ha habido traición en nuestros ejércitos, pues la totalidad de Jefes y Oficiales, a quienes se han atribuido nuestras pérdidas, lejos de quedarse con el enemigo para evitar el castigo de semejante delito, se sometieron a varios consejos de guerra que han juzgado su proceder y sus disposiciones, y fiados en la rectitud de su modo de pensar, han permanecido fieles a nuestras Banderas.

Es también seguro que no hubo cobardía; pues aunque muchos Cuerpos han abandonado vergonzosamente en diversas ocasiones sus puestos, dispersándose de uno modo escandaloso, ésto debe atribuirse más bien a la ignorancia y a la indisciplina que a la falta de valor, virtud innata en todos los españoles; pues hemos visto que los mismos Cuerpos que se cubrieron de ignominia y oprobio con su conducta anterior han dado después pruebas nada equívocas del patriotismo más exaltado y del valor más enérgico.

Sigue con el relato de algunos ejemplos de valor, para continuar:

Luego es preciso convenir en que nuestros desastres deben atribuirse únicamente a ignorancia de los Jefes, al abandono de la oficialidad por igual causa y a la indisciplina del soldado, efecto de su ninguna instrucción. ¿Que mayor ignorancia que creer como muchos han creído, que tropas de nueva leva, dirigidas por oficiales bisonños y generales poco exper-

² *Idem*, p. 10.

³ *Idem*, pp. 11 y ss.

tos, pudiesen alcanzar victorias contra unos enemigos aguerridos, perfectamente organizados, dirigidos por un Cuerpo científico, cual es su Estado Mayor, y conducidos por generales, que aunque no sean muy inteligentes, tienen en su auxilio la práctica de que nosotros carecemos absolutamente? ¿Que mayor imprudencia que pensar en vencer a un enemigo formidable, haciendo una guerra que conoce perfectamente, habiendo adoptado nosotros su misma táctica, en la que puede considerarse como maestro, sin que nosotros podamos aspirar a otro título que al de principiantes?

Los resultados debían ser tan funestos como desgraciadamente hemos visto, y a pesar de tantos y tan duras lecciones, aún no ha desaparecido el furor de dar batallas, aún no se ha querido adoptar un sistema más conveniente y ventajoso, aún, por fin, no se ha querido salir de un error capaz de causar inevitablemente nuestra total ruína.

Después se extiende. Los generales han querido dar batallas, pero a ellas también han sido empujados por los que desconocían la realidad de la situación y se dejaban influir por las opiniones exaltadas de los más ignorantes. Claro está que los generales tampoco hicieron sentir con peso las vulnerabilidades, carencias e imperfecciones de sus tropas, aunque ahora todos tengamos en la memoria las quejas de Cuesta y Castaños, que están documentadas en los archivos nacionales, civiles y militares.

Dice que el pueblo deseaba siempre vencer, y en su ánimo todos los españoles deseaban liberar su territorio cuanto antes. Así, todos empujaban hacia esa cadena ininterrumpida de desastres. Fuera del análisis de este texto, pero ¿bastaría el ejemplo de Cuesta ante la batalla de Cabezón, improvisando un ejército con civiles armados, en quince días, para batirse a continuación, y hacerlo otra vez, un mes después de la anterior derrota, en Medina de Rioseco, para ser de nuevo batido?

El furor de dar batallas estaba tan arraigado en la nación después de la de Bailén que fue imposible destruir esta idea⁴.

Sigue exponiendo la presión ambiental y gubernamental hacia ese *furor* insensato y señala los aspectos que deberían haber sido considerados⁵:

1º.—La poca experiencia de la mayor parte de los que mandaban los Ejércitos, los cuales jamás habían maniobrado en línea, ni tenían conoci-

⁴ *Idem*, p. 14.

⁵ *Idem*, p. 16.

miento de los Cuerpos que mandaban, mientras que los generales enemigos poseen con perfección la ciencia de las maniobras, y conocen mejor el interior de sus divisiones y brigadas que nuestros capitanes el de sus Compañías.

2°.—*La poca instrucción que había en nuestros Ejércitos, principalmente después de la época de nuestra revolución, en la que el favor, la casualidad, y no pocas veces el crimen proporcionaron escandalosos ascensos, al paso que en el ejército enemigo todo es orden y exactitud, y que en él todos los oficiales de cierto tiempo tienen unos conocimientos y una conducta que no tendremos nosotros sin una severa disciplina y mucha firmeza de carácter en generales y jefes.*

3°.—*La dificultad de maniobrar que tiene un Batallón nuestro y por consiguiente una línea de muchos Batallones, porque es absolutamente imposible que de golpe se alcancen estos conocimientos, cuando nuestros enemigos se ejercitan hace veinte años en esta ciencia en la que pueden ser tenidos por maestros.*

4°.—*La imposibilidad de maniobrar con Cuerpos de todas Armas, cuando la falta de instrucción de la Infantería es absoluta en la Caballería, la mayor parte bisoña, y cuando a la Artillería, a pesar de estar sabiamente constituida, le faltan para poder operar mil auxilios y medios de los que carece.*

5°.—*Los cortos conocimientos de nuestros Estados Mayores, establecidos defectuosamente, formados por la casualidad, el favor o el parentesco, y sin que hagan otra cosa que detalles miserables y rutinarios, siendo de tanta duración como el mando del General en Jefe, cuando el Estado Mayor de nuestros enemigos es la obra más perfecta que ha producido su revolución, y cuando su influjo en las operaciones militares es de mayor importancia que el valor de sus granaderos, el choque de su Caballería y el terror que infunde su Artillería.*

6°.—*La poca subordinación que reina en nuestros Regimientos, por ser algunos de sus Jefes hechos por el favor y la intriga, y por consiguiente expuestos por su poco tesón y mérito al desprecio y crítica de los subalternos que conocen sus defectos, cuando en el ejército francés son regularmente escogidos, y la subordinación está en tal punto que se podría caracterizar de despotismo, si la carrera militar no exigiera parte de este sistema para su mejor constitución.*

La verdad que el panorama así trazado es desolador. Pero es bastante frecuente encontrar la visión caótica de aquella guerra entre muchos de los que la protagonizaron. Después los historiadores la sintetizaron, se mezclaron patriotismo y orgullo por la victoria final con su relato, y los tintes rosa-

dos de la poesía compusieron una imagen feliz. El indudable heroísmo tejió un espeso manto para ocultar la impericia.

Apostilla a continuación: *...si en lugar de oponernos al torrente impetuoso y destructor con que el mismo Napoleón invadió España, hubiéramos evitado 22 acciones generales que sucesivamente hemos perdido, y nos hubiéramos retirado excéntricamente a otros tantos puntos de defensa como nos ofrecen nuestras Plazas, nuestras sierras y nuestros rios caudalosos, el enemigo hubiera tenido que diseminarse para perseguirnos, y debilitado de esta manera, el clima, el hambre y las guerrillas hubieran destruído su ejército en breve tiempo.*

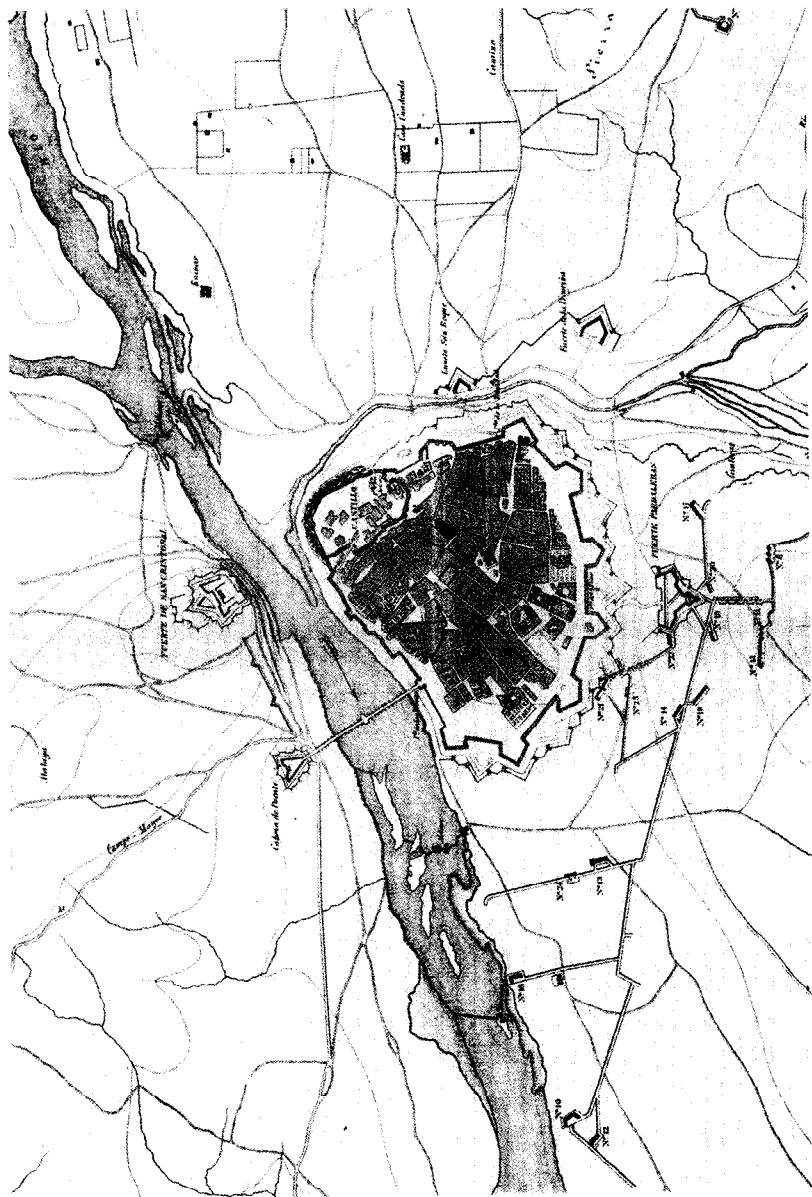
Pero no pierde la esperanza. Estiman que los franceses necesitan cuatrocientos mil hombres para poder conquistar España y Portugal, y estos serán continuamente acosados, divididos entre la necesidad de concentrarse para combatir en fuerza y de diseminarse para controlar el territorio.

La política militar preconizada

La figura es Fabio en su lucha contra Aníbal. La prudencia frente a la fogosidad y el abandono del *furor de dar batallas* que había llenado de luto a Roma en Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas. Si los franceses eran diestros en la maniobra de sus tropas en las grandes batallas, nosotros debíamos rehuírlas. No se debían presentar grandes ejércitos, que podían ser destruidos con facilidad, sino acosarles continuamente en todas partes. En Rusia, Austria, Prusia e Italia, los franceses se habían enfrentado con ejércitos similares a los suyos y los habían vencido. ¿Por qué imitarles? Se les debía forzar a dividirse continuamente, a hacer inútiles sus concentraciones de fuerzas. Partidas de guerrillas, divisiones volantes, posiciones bien tomadas, marchas repetidas, sorpresas nocturnas, emboscadas bien dispuestas, retiradas prudentes. Esta *guerra en pequeño*, si pudiera llamarse así, debía ser la más temible para los franceses. Hallarían en todas partes fuerza armada: todos los caminos, todos los puentes, todos los desfiladeros les ofrecerían resistencia.

Se me ocurre que, frente al caos vivido de las concentraciones, propone el caos de la dispersión. ¿Cómo mandar o dirigir una guerra así? Algo de eso hizo el Ejército de la Izquierda entre las batallas de Talavera y Albuera: un enjambre de pequeños combates de regimientos o divisiones contra también otras fracciones del ejército francés, mientras los pocos guerrilleros del condado de Niebla o los jinetes de don Julián Sánchez hostilizaban al enemigo.

Sigue Fabio inspirando. Cuando analiza la guerra defensiva la cifra en la necesidad de esperar el momento favorable para pasar a la ofensiva y expul-



Plano del sitio de Badajoz, 1811

sar al enemigo. ¿Como hacía Wellington desde Portugal? Pero el general inglés no tenía la urgencia de liberar su propio territorio, le bastaba contar con la cobertura a vanguardia de la insurrección generalizada de los españoles. Mientras no llegara ese momento deberían evitarse las batallas, contener al enemigo apostándose en posiciones bien elegidas, cortarle sus comunicaciones, retirarle sus víveres, incomodarle de continuo en sus flancos...⁶

La crítica de los ascensos

El aluvión de ascensos militares, prodigado por las Juntas Provinciales y después continuado con la misma demasía por la Central, es otro de los temas más frecuentes y más desarrollado en el *Memorial*:

Al ver en la Gaceta las numerosas listas de agraciados que se confunden con las de los oficiales del Ejército; al oírse hablar de promociones generales, no puede esperarse otra cosa que multitud de injusticias, porque es preciso que se confundan en ellas la constancia, el valor y distinguido mérito con la inconstancia, la cobardía, bajeza e intriga; el servicio del benemérito no queda bien pagado y se da lugar al cobarde, al indolente, al inútil que critique la conducta de sus jefes, y a que les moleste con quejas y representaciones que no carecen de algún fundamento porque otros en sus mismas circunstancias salen agraciados. Una batalla, por gloriosa que sea, no se gana sino por el valor distinguido o maniobra bien ejecutada de uno o dos Cuerpos, y algunas veces por la pericia de un sólo Batallón: Los demás Cuerpos no han hecho más que su deber sosteniéndose, y aún en estos casos no es extraño ver a algunos que nada han contribuido, o por cuya falta no fue la victoria más completa⁷.

Digamos también, aunque esto no lo recoja el *Memorial*, que el esfuerzo de la movilización al principio de la guerra y la compensación de las elevadas pérdidas a lo largo de siete años de lucha, forzosamente llevaría a ascensos masivos. El problema estribaría en la desproporción de éstos, en no ajustarse a las necesidades de las unidades en pie de guerra y en la concesión de ascensos generales como medio de elevar la moral de los combatientes.

⁶ *Idem*, p. 42.

⁷ *Idem*, p. 150.

El sistema de dirección de la guerra

El *Memorial* vuelve sobre sus pasos, se queja de nuevo del sistema establecido para la dirección de la guerra⁸:

He oído lamentarse a varios sujetos de que en la Revolución de España no hayan aparecido como en la de Francia generales que llevasen de triunfo en triunfo como se contaba de aquellos, pero esto es un error dimanado de ignorar el sistema que se seguía entonces en aquella república. Aquellos grandes generales que se adquirieron tanto crédito y que al presente vemos mandar con algún tino ejércitos considerables, no fueron por muchos años de guerra mas que unos meros ejecutores de las órdenes del gobierno; no tenían mas que poner en práctica los movimientos e instrucciones que les iban detalladas por el sabio Carnot, que podía considerarse como el generalísimo o quartel mestre general de todos los ejércitos. La cabeza de todo general peligraba si no daba exacto cumplimiento a las órdenes del gobierno, y este no escatimaba ninguno de los medios precisos para su pronta ejecución. Así que todas las ventajas que adquirieron los ejércitos republicanos en aquella época, se deben, a mi entender, a la unidad y uniformidad de sus movimientos, y a los numerosos ejércitos que obraban a la vez bajo un plan bien meditado y allanados los obstáculos que pudieran retardar su ejecución. Pero España se hallaba en circunstancias muy distintas en Mayo de 1808 para obrar bajo este sistema concertado. Verificada nuestra gloriosa Revolución en medio del enemigo y por consiguiente sin la libre circulación de ideas, cada provincia se creía soberana: formó sus ejércitos, creó sus generales y procuró atender a su subsistencia; pero como las Juntas que se crearon en aquella época estaban compuestas por lo general de sujetos poco o nada instruídos en el arte militar, revistieron a sus generales de la plenitud de su poder en este ramo, dejándoles obrar como y cuando quisieran, con tal que no se sujetasen al dictamen de otro general de otra provincia, pues en esto les parecía que perdían su soberanía.

De esta insolidaridad de los unos con los otros, (como Blake con Cuesta en Medina de Rioseco, Palafox con Castaños en Tudela o Venegas con Cuesta en Talavera, añado fuera del texto analizado), deduce nuevas conclusiones: *Ninguno de nuestros Ejércitos, por robusto que se crea, debe exponerse por sí solo a golpes decisivos, a batallas campales, pues cuando*

⁸ *Idem*, p. 151.

el enemigo las presenta, tiene la seguridad de que la ventaja está de su parte. En consecuencia debe contenerse con procurar dividir y debilitar las fuerzas enemigas con acciones pequeñas, para las que ni se necesitan grandes masas ni cabezas que por ahora no podemos tener⁹.

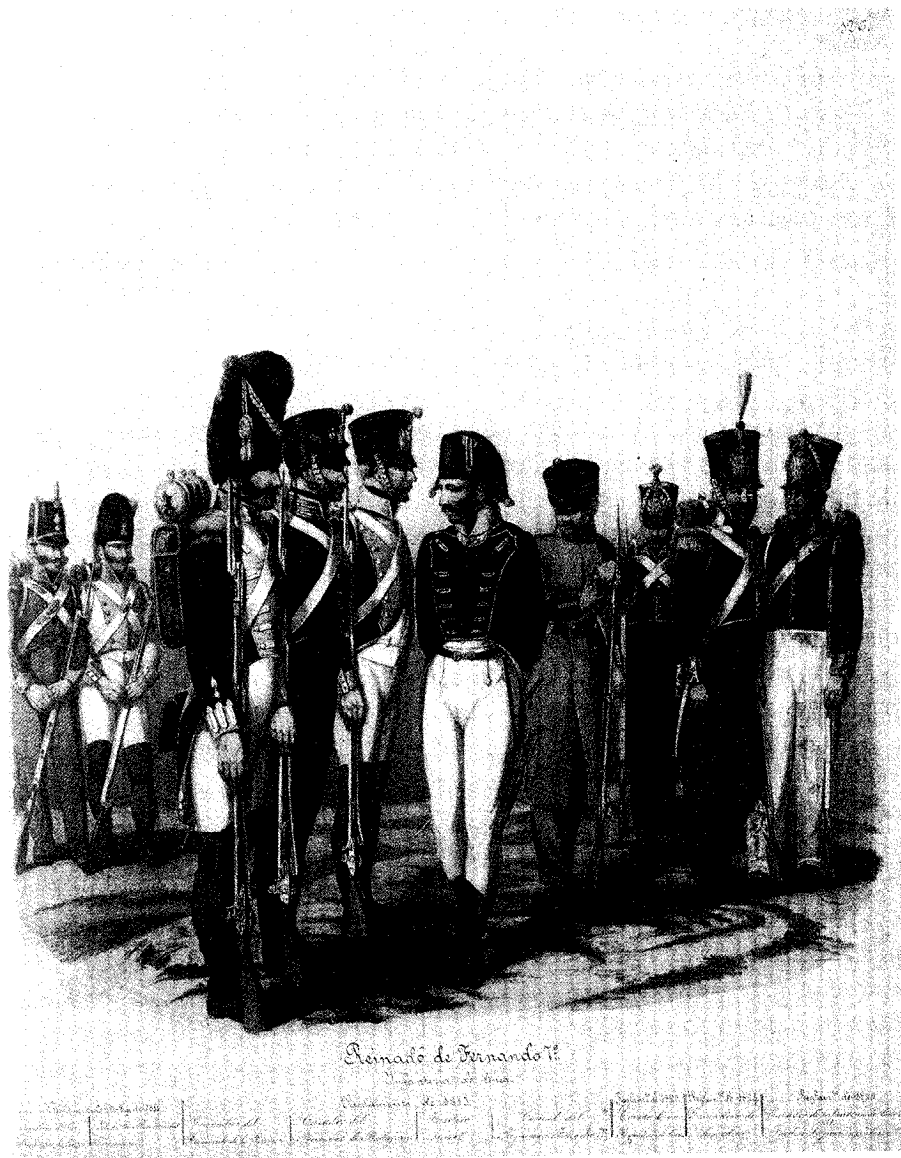
Continúa hablando de las Partidas, de la guerra sorda y distinta que los franceses ni esperan ni conocen: *Confesamos de buena fe que estas partidas de patriotas son las que fomentadas como conviene y apoyadas con ejércitos bien organizados, han de acabar con todas las legiones de bandidos que envíe a España el tirano Napoleón... Estos fieles y honrados naturales... acometen como fieras, nada les arredra ni les resiste. Lo hacen siempre a golpe seguro... con sorpresa del enemigo; sin saber éste a donde dirigir sus tiros, por donde le vienen ni a donde han de huir. No deben confundirse estas partidas con algunas cuadrillas que han aparecido en esta época, compuestas de desertores, contrabandistas y otras gentes forajidas capitaneadas por el más valiente; es decir, por el más impío de todos ellos. Estas tales no conocen Patria, y así andan vagando de pueblo en pueblo y de provincia en provincia; ni tienen más patriotismo que el robo y el libertinaje, y cuando no pueden ejecutarlo con el enemigo lo hacen con sus mismos conciudadanos. Dichas cuadrillas, aunque de vez en cuando dan golpes funestos al enemigo, son más perjudiciales que útiles a la Patria y el Gobierno debe procurar extirparlas con prontitud y energía, no confundiendo con las partidas de los honrados patriotas.*

Sus últimas observaciones sobre la guerra pueden resumirse de la siguiente manera¹⁰:

- *Se debe aumentar el número de los Ejércitos pero no engrosarlos, poniendo a sus cabezas sujetos activos, de buena disposición, robustos y sobre todo de acendrado patriotismo.*
- *El soldado debe estar siempre bien pagado.*
- *Los Ejércitos no deben desarmar a los naturales del país como se ha hecho otras veces.*
- *Se dará a todos los Ejércitos un movimiento uniforme y acelerado bajo un plan bien concertado.*
- *Nunca se dirigirá a acción alguna sin dejar a su espalda cuerpos crecidos de reserva.*

⁹ *Idem*, p. 163.

¹⁰ *Idem*, p. 169.



Reinado de Fernando VII. Infantería de línea

- *Antes de emprender una acción se designarán puntos de reunión para caso de retirada y se evacuarán con antelación a enfermos y heridos.*
- *El general debe ser muy circunspecto en las propuestas de recompensas.*
- *El Gobierno debe fomentar la insurrección de las provincias.*
- *Las «Partidas» no se incorporarán a los Ejércitos a menos que el enemigo haya sido desalojado de su area de acción.*
- *Se enviará a cada provincia un oficial de alguna graduación, pero joven, para que tome el mando de las «Partidas».*

Sobre la utilización de lanceros por la infantería

Puede considerarse un tema menor desde nuestra perspectiva histórica, pero era un tema vivo en aquellos tiempos, impelido además por la escasez de fusiles en nuestro Ejército. El 1 de julio de 1809 se presentó un proyecto a la Junta Central para incluir lanceros entre las filas de la infantería. La propuesta suponía un retroceso en la evolución del Arma a partir de la aparición de la bayoneta, que permitía a los infantes tanto el fuego como el choque al arma blanca. La propuesta hacía resurgir viejas ideas, ya planteadas por el marqués de Santa Cruz de Marcenado, y el *Memorial* debate en sus páginas este planteamiento.

Se parte de una vieja idea del caballero Folard: *Las batallas deciden la suerte de las guerras y de las Monarquías y el arma blanca decide la suerte de las batallas.* Y en otra parte: *El verdadero valor no consiste en los combates que se hacen de lejos, sino en el choque de brazo a brazo, éste es el sólo camino que nos lleva a la victoria.* Después siguen las ideas propias del periódico: *... No hay uno solo que se haya visto en funciones de guerra que no conozca que el efecto de la fusilería es mucho menor regularmente que el que se espera y teme antes de entrar en combate; y nada comparable con el destrozo que se experimenta luego que las tropas llegan a embestirse con las espadas y las bayonetas. Interin dura el fuego, por lo común, no se decide la cuestión; pero cuando uno de los dos partidos combatientes se resuelve a atacar con el arma blanca, entonces se difunde la muerte, por todas partes corren torrentes de sangre, y el que fue más audaz o atrevido canta la victoria y triunfa de su contrario; de aquí es que los mejores generales que ha tenido la Europa han seguido la máxima de hacer poco fuego y de atacar los primeros con el arma blanca, máxima que ha salido siempre bien a cuantos la han puesto en ejecución con prudencia y conocimien-*

to, y que adoptada por nuestros enemigos los franceses, les ha hecho salir con sus depravadas miras más de una vez, no atreviendonos nosotros a imitarles en cosa tan útil, cuando en fruslerías y bagatelas, que a nada conducen, somos tan ciegos imitadores suyos.

Después de este examen teórico, el *Memorial* centra sus propuestas¹¹:

- *Que en todos los Cuerpos del ejército haya una cuarta fila de lanceros o piqueros.*

- *Los lanceros seguirán las mismas evoluciones de su Cuerpo, Compañía, etc.*

- *En los fuegos, los piqueros estarán alineados a retaguardia con los oficiales; cuando llegue el caso de atacar a la bayoneta pasarán por entre los claros de la formación para formar la primera fila. Si ataca la Caballería apoyarán el regatón y la rodilla derecha en tierra, para facilitar el fuego de los fusileros.*

- *La tercera fila de los fusileros, entonces cuarta, se mantendrá sin hacer fuego hasta que la Caballería esté a seis u ocho pasos de la primera fila.*

- *Además de la pica o lanza deberán llevar espada.*

Las razones de este planteamiento se basaban en la escasez de armas de fuego, en la poca caballería existente, en que así se aumentaría el fondo de las formaciones de combate y en que si los lanceros eran los más robustos y honrados se evitaría la dispersión de los fusileros.

Al final del informe su autor se identifica como no español. Como otro informe similar había sido entregado a la Junta por el barón de Crossard, militar legitimista francés al servicio de Austria¹², se puede suponer que se trata del mismo autor.

Cuando el *Memorial* se extiende, posteriormente, sobre las cualidades de la infantería¹³, vuelve a considerar la conversión en piqueros de la tercera fila de las formaciones en batalla. Claro está que esto se refiere a la formación en línea, empleada en los despliegues defensivos; lo que no despeja el *Memorial* es el despliegue de esos mismos piqueros en la formación de las columnas de ataque.

¹¹ *Idem.* p. 337.

¹² CASSINELLO PÉREZ, Andrés: «La aventura española del barón de Crossard», en *Revista de Historia Militar*, n.º 78, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1995.

¹³ *Memorial Militar...* p. 454.

También se ocupa de la academia formada en Cádiz, por el coronel Gil de Bernabé, como modelo a extender.

Consideraciones finales

Pueden parecer duros los juicios vertidos en el *Memorial* sobre nuestro propio Ejército, pero no difieren de otros expresados por Jovellanos, el mismo Crossard o el marqués de Campo Sagrado... y tantos otros, que pueden ser consultados en los archivos nacionales. Aquella guerra fue una guerra caótica, lo que posibilitó la inimaginable resistencia prolongada durante siete años contra el más perfecto ejército de la época. De haber seguido los modelos más regulares hubiéramos sufrido la suerte de los ejércitos más perfectos como Austria o Prusia. Puede que el caos nos librara de lo peor, aunque pagáramos un elevado precio en bajas. Pese a hacerlo tan mal, se hizo durante tanto tiempo que se logró el triunfo final.